

**Lavinia Silveiras.** *Nenhum homem é uma ilha: John Donne e a poética da agudeza.* São Paulo, Fundação da Apoio à Universidade Federal de São Paulo, 2015, 293 pp.

En la última década del siglo XX en América Latina, que la caída del muro de Berlín aceleró y enfatizaron las disparejas celebraciones en torno al quinto centenario de la llegada de Colón a las Indias, el mapa de los estudios literarios se reordenó sensiblemente y expuso, antes que el envés de una trama (aquella psicodélica guerra fría que ya había sonado y no dejaría de resonar, como prueba *The Darker Side of Western Modernity* de Walter Dignolo), su enredo mismo, su constitutiva red entre redes que, en términos literarios, operaba como una relativa aunque efectiva certidumbre sobre su historia, no exenta de riesgos críticos. En 1993, y refiriéndose a fenómenos y categorías del siglo XVII, así lo sintetizaba Susana Zanetti: este “complejo entramado corre el riesgo de simplificación, insisto, si se lo analiza según pautas correspondientes a nuestro siglo”. Cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo era –y la noción de *archivo*, tan desigualmente extendida desde entonces, confirma que aún es– si no el problema, uno de sus aspectos más inquietantes.

En más de un sentido, que fuera el siglo XVII el que suscitara o evidenciara dicha cuestión no era sorprendente: por las mismas fechas, a ese “hiato legendario” (Hannah Arendt) volvían *El Leviathan y la bomba de vacío* (1985) de Simon

Schaffer y Steven Shapin y *Nunca fuimos modernos* (1991) de Bruno Latour para interrogar la lógica de dichas discontinuidades, las pautas de dichas lecturas. En 1989 esto mismo encuentra, sólo en Brasil, dos perspectivas insoslayables: *A sátira e o engenho. Gregório de Matos e a Bahia do Século XVII* de João Adolfo Hansen y *O Sequestro do barroco na Formação da Literatura Brasileira: O caso Gregório de Matos* de Haroldo de Campos. Si no resulta sorprendente que sea el siglo XVII el que desarrolle o manifieste elocuentemente la cuestión de cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo, tampoco puede decirse que “ese dato” carezca de relevancia. A él, y a dicha cuestión, vuelve el preciso e inteligente estudio de Lavinia Silveiras.

Organizado en cuatro capítulos (Exercício do engenho, Insularidade suspendida: intercâmbios entre ilha e continente, Espécies de agudeza e a conveniencia dos estilos, Donne e a poética da agudeza), anteceditos por una introducción de la misma Silveiras y un prefacio de Hansen, *Nenhum homem é uma ilha* se establece sobre dos afirmaciones operativas: lo que caracteriza a la poesía del XVII es una *institución retórica*, una de cuyas técnicas fue conocida como *Wit*, “una subespecie de um conjunto maior de técnicas preceituadas na poética da agudeza para a efetuação do estilo engenhoso” (30); lo que caracteriza dicha institución retórica es funcionar según *unidades teológico-políticas* (278), esto es, describiendo y prescribiendo un conjunto de lugares comunes y prácticas letradas propios de los siglos XVI y XVII y,

sobre todo, de los ámbitos cultos y cortesanos: “As letras dos séculos XVI e XVII, tanto preceptivas quanto poéticas, circunscrivem toda a gestualidade culta das cortes dentro da tríade *engenho, agudeza e conceito*” (58).

Así planteada, la noción de poesía del siglo XVII es estudiada meticulosamente, tanto en lo que respecta a su tradición aristotélica fundante —no sólo el vínculo estrecho entre la “agudeza de rápida asociación” (*Wit*) y el “dicho brillante” (del griego *asteion* y luego del *acumen* latino), sino entre la lógica del entimema y el razonamiento poético— cuanto en lo que refiere a su preceptiva contemporánea, exhaustivamente revisada (Gracián, Puttenham, Sidney, Ascham, Castiglione, Fouquelin, entre otros). De esta forma, la “oscuridad” y “dificultad” de una poética se demuestran como un uso específico (“nuevo”, incluso innovador, pero no “creativo” ni “original”) de las preceptivas y de los antiguos, así como —en su carácter programático— una búsqueda deliberada de cierta legibilidad, de tipo enigmática, capaz de ser detectada por un lector (construido como) “raro”, “culto”, “discreto”, lo que jerarquizaba al autor y al lector simultáneamente. Este movimiento crítico-teórico da paso al análisis detenido ya no de una noción de poesía, sino de ciertas obras y géneros y, puntualmente, de ciertos poemas, como ocurre con John Donne, pero también con George Chapman, e incluso con Shakespeare y Fulke Greville.

Paralelamente, este estudio de la institución retórica —y he aquí su contribución y lucidez medulares—

va articulando un archipiélago de tiempos y espacios, de problemas y figuras, de prácticas y bibliotecas, que desactiva una lectura “nacional” o “autóctona” del fenómeno (el carácter “inglés” del *Wit*), desalentando en consecuencia distinciones frecuentes y discutiblemente operativas (“poesía *conceptista* não é poesia *metafísica* que não é poesia *cultista* nem tampouco é poesia *preciosista* e muito menos *enfiústa*” 277) y alentando, en cambio, el tramado de unidades diversas —ni mayores ni menores— como las cortes, los espectros religiosos (protestantes, católicos), las circunstancias políticas de los reinos y sus fluctuantes acuerdos mercantiles. De esta forma, Silvares estudia las bibliotecas inglesas gruesamente pobladas de libros “extranjeros”, la construcción de una comunidad gramática (de espesor greco-latino, pero de brillos e intenciones vernáculos) y la educación cortesana generosamente móvil, para la cual la institución retórica no cumplía sólo con expectativas poéticas, sino, más sensiblemente, políticas (acceso a cargos, protecciones, financiamientos).

De esta manera, *Nenhum homem é uma ilha* va evidenciando una tercera afirmación, menos operativa que sintomática, sobre la cual se extiende João Adolfo Hansen en el prefacio: aún hoy, la poesía de los siglos XVI y XVII es leída en términos del siglo XIX, vale decir, románticamente. Y puntualiza Silvares en sus “Considerações finais”: desatender la institución retórica redundaría “numa perda significativa da compreensão dos sentidos simbólicos mobilizados na representação

poética” (274), así como en la imposibilidad de definir las condiciones que promueven la materialidad de la obra como producto histórico (275), logrando así no sólo la “destemporalização” y excepcionalidad de una poética y una poesía, sino la confusión terminológica (llamar “genio” al ingenio, “original” a la invención, etc.) correlativa de cierta ilusión metodológica, la que supone que podrá, sea reconstruyendo el contexto sea recolectando todos los textos que dieron lugar al poema, entender exactamente no lo que dice el poema, sino lo que quiso decir el autor al escribir poéticamente.

Cómo leer en nuestro siglo sin privilegiar las pautas de nuestro siglo sugiere así algo más que un aspecto inquietante de un problema distinto, pues envuelve evidentes concepciones de lo que es o debería ser la literatura, la crítica literaria y el estudio de textos antiguos. Y si bien no es ésta su preocupación matriz, *Nenhum homem é uma ilha* no puede menos que hacerse eco de ciertos presupuestos y proyecciones, algunos de los cuales, quizá, resulten discutibles o matizables. Vale decir: proponer un estudio (una metodología, una terminología, una casuística) ajustados a un objeto determinado ni suspende el efecto de una historia crítica ni, epistemológicamente, garantiza neutralidad alguna o, su explicitación axiológica, mayor precisión teórica. Pues aunque a esto parece referir Silvaes cuando menciona la construcción deliberada de “um verossímil” (278) histórico-crítico, no deja de resultar “destemporalizado” el uso de categorías como

“prácticas discursivas”, de sabida constitución lingüística y concepción arqueológica (Foucault, Kristeva) de los años 60 y 70 del siglo XX, ni cabe desacreditar el valor crítico –menos quizá en el campo de la literatura inglesa– de la biografía literaria (caso de Johnson, pero también el de Lytton Strachey y Michel Holroyd), como ocurre con “The Life and Death of Dr. Donne, Late Dean of St. Pauls London” (1640) de Izaak Walton, del que se dice que “deve-se ler o texto de Walton como participante no estabelecimento da legibilidade da poesia de Donne, e não se deve, em contrapartida, tomá-lo como ‘crítica literária’, nem como neutra fonte de fatos sobre o poeta e sua poesia.” (52)

Pero también por esto, porque se trata de un libro que se manifiesta abierta y sólidamente y se ofrece a la discusión fundadamente, porque vuelve a poner en cuestión, desde América Latina, la literatura y su red de sentido, desplazando y criticando así otros y habituales diagramas (la pirámide, el árbol y la línea), es que *Nenhum homem é uma ilha* de Lavinia Silvaes emerge como un estudio insoslayable, sin duda en lo que respecta a la poesía de los siglos XVI y XVII, pero también en lo que hace a la crítica literaria y su historia en América Latina.

*Facundo Ruiz*

Universidad de Buenos Aires